



## EL PASTORCITO.

En Ranquines, una reducida aldea del pueblo de Pouy, á tres leguas de Acs, en las Landas, vivía en 1586 una familia de paisanos muy pobres; tenían seis hijos y la miseria en ellos era grande. Juan de Paul, el padre, decía una noche á su muger Bertranda de Moras.

—Jamás podremos criar una familia tan numerosa, aun si no tubiesemos mas que cuatro hijos ó cinco, pero seis, seis! es para darse de calabazadas contra la pared desesperadamente. A lo menos si Vicente que empieza á ser grande, entrará un poco en razon; pero no, no sé en verdad en qué piensa cuando lleva á pacer nuestras ovejas, y el caso es que tiene diez años, ¿no es así, muger?

—Para el próximo dia de S. Jorge, respondió Bertranda levantándose para llevar al pie de su cama su último hijo, que

acababa de dormirse en sus faldas, nació el 23 de abril por la noche; te acordarás, Juan, estaba tan endeble y tan miserable, que pensamos no viviría.

—Eso habría sido mejor para él, replicó el aldeano en un tono áspero porque para vivir miserablemente como nosotros vivimos, mas vale no vivir.

—Insensato! dijo una voz que hizo al paisano volver repentinamente la cabeza, levantarse y adelantarse con todas las señales del mas profundo respeto hacia el religioso franciscano, detenido sobre el umbral de la cabaña.—Los decretos de la provincia son inesplicables, amigo mio, y frecuentemente el bien se encuentra en lo mismo que se creia estaba el mal....El que murmura ¿qué sabe?

—Es verdad, padre mio, yo nada sé, dijo Juan retorciendo su gorro de lana parda entre sus manos, mas de que no somos felices....Entre vd. padre mio, y siéntese.

—Dios prueba á sus hijos para recompensarlos despues, dijo el religioso franciscano adelantándose y aceptando un banquillo que Bertranda se apresuraba á ofrecerle.

En este momento, un jovencillo pasó por delante de la puerta que se habia quedado abierta, haciendo andar por delante de él un pequeño rebaño de ovejas. El aprisco estaba al lado; recogidos los carneros, el jovencito entró en la cabaña. Su primer saludo fue al religioso, el segundo á su padre y para su madre reservó un beso y una sonrisa cariñosa.

—Has recogido los carneros, Vicente? preguntó el aldeano.

—Si, padre, respondió el niño.

—Y el lobo no ha atrapado alguno?

—No, padre.

—Y tú no has dejado que se estravíe ninguno, mientras que arrodillado delante de todas las cruces del camino, ó de todas las imágenes de la virgen, rezabas tus devociones?

—No, padre.

—Asi hoy, gracias á Dios, está la cuenta completa.

—No, padre, dijo Vicente despues de un corto momento de vacilacion.

—¿Cómo no? exclamó el aldeano poniéndose del todo en pie. Tú dices que el lobo no ha hurtado ninguno, que no has dejado ninguno estraviado, y añades que faltan.

—¡Ay! dijo el niño mirando á su padre con los ojos llenos de lágrimas: si usted hubiese visto la desesperacion de Cadet, habría usted hecho como yo, padre mio. Habia perdido la mejor oveja del rebaño de Morac, lloraba, queria matarse, porque Morac lo habría molido á palos; esto era seguro, entonces yo.... que quiere usted... le he dado una de las nuestras...

—¿Y tú no temes que yo tambien te haga conocer mi bas-



ton? interrumpió el aldeano, furioso y blandiendo un barejon que habria infaliblemente roto la cabeza del niño si lo hubiere descargado sobre ella.

Bertranda dió un grito deteniendo el brazo de su marido, y el religioso se levantó y colocó entre el padre y el hijo, los niños se escondieron temblando en un rincon del cuarto, y Vicente se hincó de rodillas en el sitio en que estaba.

—Si, he hecho mal, padre, merezco un castigo, y estoy pronto á recibirlo, dijo.

—Bribon, replicó Juan, forzegeando en los brazos de su muger lo suficiente para manifestar su deseo de pegar, bribon, luego tú has pensado que tu pellejo era mas duro que el del pastor de Morac, pues vienes á esponerte á mis golpes para evitar á Cadet una correccion que él no habrá podido evitar.

—No, padre, respondió Vicente entre sollozos; mas he pensado que usted es mi padre, en lugar que Morac es solo el amo de Cadet.... y he pensado tambien, añadió bajando la voz que mi padre no pegaría tan fuerte como un amo.

Aprovechándose despues de la emocion que estas palabras habian producido en todos los asistentes, sin esceptuar á Juan, cuyo garrote habia caido á tierra, acabó diciendo:

—Por último, espero ganar esta semana el dinero de una oveja. Se necesita una ayuda en el convento de los franciscos para aliviar en su trabajo al hortelano que está enfermo; de aqui á Acgs hay solo tres leguas, levantándome muy de mañana podré ir allá y estar de vuelta á tiempo para conducir el rebaño á pastar el resto del dia.... padre ¿me lo permite usted? seria yo tan feliz si pudiese entrar en los franciscanos, sea como fuese.

—Si tú entras, dijo el religioso, enjugándose una lágrima que la accion y la resignacion de Paul habia llamado á sus ojos; entrarás no como sirviente ni como hortelano, sino como novicio, si tu padre lo permite.

Buen cristiano desde tan jóven ¿qué serás mas adelante? Todas las familias de la comarca tienen de tí un rasgo de humanidad que contar, no hay niño que no te deba un beneficio.

Juan de Paul, añadió el religioso dirigiéndose al aldeano y la aldeana, que ambos á porfía abrazaban á su hijo, habiendo hecho que se alzase, y tú tambien Bertranda de Moras, confiadme vuestro hijo. No le haré mejor de lo que él es, porque no se embelece la flor que Dios ha criado hermosa, mas se la cuida y conserva. Juan, Bertranda confiadme á Vicente.

Bien conoceréis que Juan y su muger en todo pensaron menos en oponerse al buen deseo del religioso francisco. Nada podia sucederles mas afortunado. Aceptaron con el mas vivo reconocimiento, pero no sin derramar lágrimas abundantes cuando vieron llegar el momento de la partida.

Los progresos de Vicente fueron tan rápidos en el convento de franciscanos de Aegs, que á la edad de diez años, teniendo el juez de Pouy necesidad de un pasante para sus hijos, fue Vicente designado para este encargo, que le facilitó concluir sus estudios, y cuatro años despues, el 20 de diciembre de 1593, habiendo terminado sus clases, recibió la tonsura y las órdenes menores de manos del obispo de Tarbes, y pasó luego á las escuelas de Tolosa para estudiar su teología.

Mas en breve le asaltó la indigencia. Vicente no habia reservado nada en casa del juez de Pouy; á medida que ganaba el dinero, lo repartia entre los pobres, quedándose algunas veces sin un cuarto, por lo que el jóven lego era tan pobre como el pastorcillo de Ranquines. Entonces formó la idea de ir á Busct, pequeña ciudad que hoy hace parte del departamento del Alto-Garona, y establecer allí una especie de pension. Despues de siete años de penas, de miseria y de trabajo, fue Vicente ordenado de sacerdote el 23 de setiembre de 1600, por el obispo de Perigueux, y al mismo tiempo le concedieron el curato de Tille, que se le quitó seguidamente para darlo á un competidor que lo habia obtenido de Roma. En 1604, el 12 de octubre recibió el diploma de bachiller en teología.

Poco tiempo despues le dejó por heredero un hombre honrado á quien habia prestado un ligero servicio, sucesion que en vez de llevarle el reposo y la comodidad, le ocasionó infinitos infortunios, pudiendo decirse que esta fue una burla cruel de la fortuna, porque habiendo tenido que ir á Marsella para arreglar este asunto, solo permaneció en aquella ciudad el tiempo necesario para percibir la herencia, habiéndose embarcado para Narvona, llevado del deseo de hacer un viage por mar.

Desgraciadamente la barca que lo conducia fue atacada y apresada por tres bergantines turcos que costeaban el golfo de Lyon, y despues de asesinar al piloto cargaron de cadenas al resto del equipage lo mismo que á los pasajeros, entre los cuales salió herido Vicente. Inmediatamente prosiguieron su ruta los piratas bogando hácia Berberia, y bien pronto desembarcaron en Tunez.

Inquietos por la suerte que les esperaba, se miraban en silencio los cautivos, y sin comunicarse sus temores dejaban ver en sus rostros las angustias que experimentaban. Solo Vicente aparecia tranquilo en medio de ellos, y los consolaba aconsejándoles tubiesen confianza en el que todo lo puede, cuando fue á interrumpir su discurso el capitán de la tartana donde se hallaban encerrados los prisioneros. Atados de dos en dos, los llevó á tierra habiendo sido aquellos infelices paseados por la poblacion como animales que debieran escitar la curiosidad. Una muchedumbre inmensa siguió desde bordo á los



cautivos, que no tardaron en conocer iban á ponerlos en venta. Comprado Vicente por un pescador, lo llevó á su casa; pero notando su amo que el jóven no podia desempeñar bien su oficio, porque siempre estaba mareado, le ordenó una mañana que le siguiese. Greyendo Vicente irian á la pesca, cojió las redes suspirando, pero el pescador hizo que las soltára, mandándole de nuevo marchase delante de él.

La casa á que le condujo era aseada y una de las mejor construidas en Tunez. Introducidos en un gabinete por una vieja morisca, conoció se hallaba en casa de un médico alquimista por las redomas, el hornillo que á la sazón ardía y varios instrumentos aglomerados en aquella pieza, idea en que le confirmó la vista de un anciano que se presentó á poco.

Verificada la venta, permaneció Vicente un año en casa de su segundo amo, que le trataba con bondad; y donde, escepto la libertad, nada le faltaba; pero el anciano murió cuando se dirigía en busca del Sultan que le habia llamado, y un sobrino del médico percibió su herencia. Comprendido en ella Vicente, al deshacerse el heredero de la casa, del gabinete, las redomas y aun los libros de su tío, se deshizo tambien del esclavo, que fue vendido á un renegado de Niza.

Aquel hombre era colono del gran Sultan, y condujo á Vicente á su *temar* ó cortijo, situado en las montañas, en un sitio en que el pais es mas ardiente y mas desierto que lo demas, y allí lo empleó en cultivar la tierra. El renegado tenia por muger á una turca, que habiendo oido decir á su marido que el esclavo que llevó de Tunez era francés y cristiano, quiso saber qué aire tenia un francés y un cristiano. Llevada de este deseo, se levantó muy temprano y se encaminó al campo, no habiéndole sin duda espantado la vista de Vicente, puesto que á la mañana siguiente volvió, ni mas ni menos que los dias sucesivos, empero sin dirigirle jamás la palabra.

Una mañana al acercarse como tenia de costumbre á Vicente que se ocupaba en cabar, oyó un cántico dulce y lento en un idioma que no conocia, y aquel cántico era tan puro, encerraba tal melodía y resonaba con tanta solemnidad, que conmovida la turca no se atrevió á avanzar. Habiéndola visto Vicente, calló, y entonces ella se determinó á hablarle.

—¿Qué cantas? le preguntó.

—Elogios á mi Dios, respondió Vicente.

—Continúa, dijo la jóven turca: tu canto me ha consolado como la brisa del mar en un dia de gran calor. Y habiendo entonado Vicente el salmo *Super flumina Babilonis*, observó la turca que el esclavo lloraba.

—¿Por qué lloras cantando? le preguntó cuando hubo acabado.

—Porque el recuerdo de los hijos de Israel cautivos en Babilonia, respondió Vicente, me trae á la memoria que mis compañeros y yo tambien lo somos aqui.

—Canta otra vez, le dijo la muger de su amo.

—Y al momento entonó Vicente el *Salve regina*.

—Despues, haciendo que el esclavo la explicára las palabras del Salmo, y habiendo oido tambien algunas narraciones laudatorias del Dios de los Cristianos, se volvió ella á su casa toda pensativa.

Por la noche dijo al renegado:

—Tú has hecho muy mal, á lo que pienso, de dejar la religion de tus padres, pues la tengo por buena en extremo.

—Y qué fundamento tienes para este juicio? la preguntó él muy admirado de aquellas palabras.

La jóven turca respondió al momento:

—El placer que he experimentado escuchando á tu esclavo, no creo que el paraíso de mis padres, y aquel al cual se me hace esperar que iré, sea tan glorioso y de una alegría parecida á la que he experimentado hoy oyendo alabar el Dios de los cristianos, de donde infiero que hay en esto algunas maravillas.

Y Dios sin duda, valiéndose de aquella muger para apartar al marido de la apostasía, y librar á Vicente de su esclavitud, la comunicó palabras y argumentos que convinieron al renegado. El, su muger y Vicente, al cual dió el primero la libertad, dejaron á Niza y desembarcaron en Aguas-Muertas el 27 de junio de 1607. Desde allí pasaron despues á Aviñon, donde el vice-legado los recibió sólemnemente en la iglesia de S. Pedro.

Ved ahí ya recompensado á Vicente de Paul de su fé en Dios; no solamente habia rescatado su cuerpo, sino que habia salvado dos almas, la del renegado y la de su muger, la jóven turca.

Poco tiempo despues de esta doble conversion, Vicente de Paul acompañó al vice-legado en su viage á Roma, donde el cardenal de Ossat, habiendo oido hablar de su esclavitud y de su conducta, lo juzgó digno de su confianza, y le encargó una mision importante cerca de Enrique IV, rey de Francia. Despues de muchas conferencias con el rey, llegó á ser el capellan de la reina Catalina de Valois. Mas adelante, en el año de 1613, cediendo á las solicitudes del cardenal, Pedro de Bernulla, fundador del oratorio, aceptó las funciones de preceptor de los tres hijos de Felipe Manuel de Gondí, conde de Joigny, general de las galeras.

—Vicente habia ido á pasar la estacion florida en Folleville con sus discípulos, cuando una mañana la condesa de Foigny, notando grande agitacion entre los de su casa, y grande in-



quietud esparcida por el semblante de sus hijos, se informó de la causa que producía semejante novedad.

—El capellan ha desaparecido, se le contestó.

—Habrá salido á ejecutar alguna buena obra, exclamó la condesa asustada, y le habrá sucedido algun accidente. ¡Oh Dios mio! corred á buscarle, añadió dirigiéndose á sus criados; id todos á caballo; tú, Contois, reconoce las casas de campo; Pedro, recorre tú las inmediaciones; Marcelo vé hasta Paris, al palacio del general. Id, Dios mio, y registradlo todo hasta el gran estanque.... ¡Oh Dios mio, un hombre tan santo!...- Jamás me consolaría.....

—Tranquilícese usted, mi querida mamá, le dijo el menor de sus hijos, y si usted quiere permitirme que la comunique mis observancioncillas, la diré que el padre capellan ha marchado para no volver.

—¿Y de qué infieres eso? le preguntó su madre.

—Porque ha llevado consigo una parte de su ropa, todo su dinero y su breviar io.

La condesa se quedó estupefacta, mas no por eso dejó de renovar la orden que habia dado. Pero Vicente de Paul no volvió á ser hallado.

Pasado algun tiempo, viajando la condesa por la Bretaña con sus hijos, se rompió el ege de su carruage, se buscó un maestro de coches que lo compusiese, mas no se encontró.

—¿Qué se hace?

—Dirigirse al señor cura, respondieron al momento muchas voces.

—¡Al señor cura para componer mi silla! exclamó la marquesa.

—El lo sabe todo, señora, sea dicho con perdon de usted, nuestro cura es un angel, respondió el mas viejo del grupo, un buen viejo de ochenta años á lo menos; cuando llegó á Châtillon-les-dombes, estaba la parroquia tan pobre, tan pobre, que no se habia podido encontrar nadie que la sirviese; pues bien, señora, nuestro digno pastor, que es un santo, sabe esto, deja al momento una grande y noble casa donde nada le faltaba, segun se cuenta en la parroquia, y en donde vivia como un verdadero canónigo, para venir aquí á participar de nuestra miseria, y socorrerla. Cuando llegó..... qué! tan llano como otro cualquiera. Fué á visitar á cada uno de los vecinos: á éste da para leña, al otro para ropa, y despues caldo, y despues pan, y luego en qué trabajar: y el sermon el primer domingo, era menester oirlo: todos lloraban, tan bello y bien dicho era lo que decia; y ademas, señora, ha instituido aqui una cosa muy bella y muy útil, vaya! él llama esto una *hermandad de caridad*. Todos se prestan mútuos socorros: los que gozan de sa-

lud van á asistir los enfermos; el que tiene que comer dá al que no tiene: la pobre muger que está de parto recibe una canastilla para su niño, y lo que es todavía mas hermoso, allí se les enseña el catecismo á nuestros hijos; ea, el señor cura mismo es quien les hace recitarlo, con perdon de usted, señora.

La condesa de Foigny y sus hijos no se cansaban de oír al buen viejo de Chatillon-les-Dombes, y este por su parte no se cansaba tampoco de repetir las alabanzas de su cura, cuando de pronto el mas jóven de los hijos de la condesa, que parecia distraído, exclamó:

—Aquí está el señor cura!

Al punto volvieron todos la cabeza hácia el sitio indicado por el niño; un hombre todo vestido de negro, destocado se adelantaba precipitadamente hácia el grupo, y á medida que se acercaba, veíase pintarse la admiracion en el rostro de la condesa y de sus hijos; de improviso los jóvenes se separaron del lado de su madre para salir al encuentro al pastor y éste inclinándose los tomó uno á uno en sus brazos, y se oyeron estas palabras salir al mismo tiempo de la boca de la condesa y de sus hijos.

—Nos habiais puesto en mucho cuidado, padre mio. Porque era Vicente de Paul el que acababan de hallar de nuevo.

Despues de muchas palabras recíprocas de respeto y de admiracion, se pensó en fin en poner á la condesa en estado de partir tratando de mantener con cuerdas la silla hasta la ciudad vecina. La condesa y el buen clérigo no se separaron sino bajo la promesa de que se volveria á ver pronto al preceptor en el palacio

Con la proteccion del conde de Foigny, llegó Vicente á reunir en una casa del arrabal S. Honorato, los condenados de todas las prisiones de París, que aguardaban la salida de la cadena; no solamente les prodigaba consuelos, sino toda especie de socorros, y el rey Luis XIII, habiendo oído hablar de esta piadosa casa, lo nombró en 1619, capellan general de las galeras.

Desde 1623 á 1624 fundó la *Congregacion de las misiones* para la *instruccion del pueblo del campo* y una casa de asilo para los condenados á galeras, que confió á los cuidados de la señorita Luisa de Marillac-Legras, muger célebre por su piedad y sus buenas obras.

Despues en 1634 se le debió el establecimiento admirable de las *hijas de la caridad*, y el establecimiento de una reunion de señoras de la caridad, encargadas de pedir y suministrar las limosnas para los pobres y los enfermos del hospital de París. El presidente Ganssant fue el primer superior.

En 1636, Vicente y sus compañeros se presentaron en el ejército de Picardía para hacer cesar los desórdenes que rei-



naban entre los soldados y aliviar al pobre pueblo presa de los horrores de la guerra: los pobres de Toul, Verdun, Mets, Nancy, Bar, Prutá-Mousson, San-Llishiel, recibieron por sus cuidados, en alimentos, remedios, vestidos y numerario, una suma de mas de cinco millones.

En esta época de guerra y de hambre, fue cuando habiendo sido llamado en 1643 por la reina Ana regenta despues de la muerte de Luis XIII, para presidir á su consejo, llamado de conciencia, Vicente de Paul fundó una nueva institucion que por sí sola hubiera bastado para transmitir su nombre á los futuros siglos, y hacer que los pueblos venideros le bendigan: la casa de *niños espósitos*. El mismo iba, como padre de los pobres, de calle en calle, de camino en camino, recogiendo esas inocentes criaturas que la miseria pública hacia abandonar ó esponer aqui y allá.

La fundacion del *hospicio del Nombre de Jesus* y del *Hospital General de la Salpetriere*, fundado por Ana de Austria en 1657, que recibió cinco mil pobres de los dos sexos, se debieron tambien á la solicitud de Vicente de Paul; al cual se dió el nombre de *Intendente de la Provincia*.

Despues de crueles padecimientos que soportó con heróica paciencia, murió en San Lorenzo el 27 de setiembre de 1660, de edad de ochenta y cinco años.

A solicitacion de los religiosos y del clero francés, Vicente de Paul fué beatificado por el papa Benito XIII. el 14 de agosto de 1729, y canonizado por Clemente XII, el 16 de junio de 1737. Su fiesta se celebra el 19 de julio.

Retenéd en la memoria el nombre de Vicente Paul, amables niños, que con el de San José de Calasanz de quien ya os hemos hablado, forma el compendio del de los bienhechores de la infancia. Paul los acoge y socorre en la cuna, Calasanz los enseña, educa y dirige á la virtud.

## LOS TRES LADRONES.

En las cercanías de Bristol, ciudad de Inglaterra, vivian hace ya mucho tiempo tres ladrones que por su destreza y su audacia, eran el terror de todo el país.

Llamábanse Pedro, Juan y Roberto: los dos primeros eran hermanos, dignos hijos de un padre que ejerciendo el mismo oficio habia concluido por ser cogido y ahorcado: Este es el fin,

mis queridos niños, que todos los malhechores, por hábiles que sean, no pueden evitar.

En cuanto á Roberto no era tan diestro ni tan corrompido como los otros dos. Era hijo de padres honrados que siempre le habian dado buenos ejemplos: pero llevado de las malas compañías, habia venido á ser tan bribon como Juan y Pedro. Sin embargo su conciencia le reprehendia la vida que traía: el recuerdo de sus buenos padres le causaba frecuentemente remordimientos muy punzantes; entonces tomaba la resolucion de volver á ser hombre de bien y abandonar á sus criminales compañeros; mas los dos hermanos mofándose de sus escrúpulos, habian siempre conseguido hacerle renunciar sus laudables propósitos.

Nuestros tres ladrones fatigados un dia de cierta incursion nocturna que les habia salido infructuosa, se sentaron al pie de un árbol en el bosque de Selwood, contando cada cual sus proezas. Durante la conversacion descubrió Pedro un nido de maricas colocado sobre las ramas mas elevadas de una encina, y vió al mismo tiempo que la marica se posaba sobre sus polluelos.

—Qué dirás, hermano, si yo te apostára á sacar los huevos sin espantar, ni turbar la madre?

—Diria, respondió Juan, que seria una locura intentarlo, porque es una cosa imposible.

—Y yo, replicó Pedro, yo te digo que el hombre que no es capaz de jugar ese lance no es mas que un aprendiz en nuestro ejercicio.

Y sin decir mas, empezó á trepar por la encina: luego que llegó á la copa, hizo con precaucion un agujero en el tronco por debajo del nido, recibió los huevos en su mano, y triunfante los trajo á sus compañeros sin haberlos roto.

—Bravo, exclamó Juan, confieso que eres un hábil mozo; pero si ahora eres capaz de volver á colocar los huevos con la misma destreza y el mismo éxito favorable, te proclamo el primero de los rateros.

Pedro aceptó el desafio sin titubear y emprendió subir de nuevo al árbol. Apenas Juan le vió á cierta altura, dijo á Roberto.

—Tú has visto lo que mi hermano sabe hacer; voy á mostrarte ahora de lo que yo soy capaz.

Sin detencion subió detras de Pedro, le siguió de rama en rama y mientras éste fijos los ojos en el nido, atento á todos sus movimientos para no asombrar el pájaro se deslizaba como una culebra entre las ramas, Juan aprovechó tan bien su tiempo que le quitó cuanto tenia en las faldriqueras, y volvió á bajar prontamente.



Pedro sin embargo, habiendo conseguido volver á colocar en su lugar los huevos, esperaba ser felicitado por su agilidad.

—Está muy bien á fé mia, le dijo Juan con tono socarrón; pero yo apuesto á que te has contentado con meter los huevos en tu faldriquera.

Queriendo Pedro examinar sus faldriqueras las encontró desocupadas, y comprendió que Juan le había jugado ese chasco.

—Bravo, bravo! gritó, es menester ser un ladrón hábil para coger á uno de mi temple.

Mientras todo esto, Roberto, admirando á nuestros dos héroes, habia hecho saludables reflexiones inspirado por el ángel custodio se decia á sí mismo.

—Apesar de su destreza, irán á terminar en el patíbulo, y yo todavia mas pronto, puesto que soy menos hábil. Es mejor por lo tanto tomar un oficio honroso.

—Amigos míos, les dijo, sois demasiado hábiles para mí: os libertareis cien veces, cuando yo seré atrapado á cada instante. Así buen viaje, renuncio al oficio que ejercia con vosotros, y me reservo al arado. Soy forzudo y tengo buena gana de trabajar. Me voy con mi muger, y espero que con la ayuda de Dios ganaré muy bien mi vida.

Regresó á su pueblo como lo habia resuelto. Su muger se alegró mucho de volverle á ver. Convertido en un hombre verdaderamente honrado, su trabajo y su actividad le hicieron progresar y pronto se vió en la abundancia, amado y estimado de sus vecinos, felicitándose todos los dias de la buena determinacion que habia tomado, y sobre todo de haber perseverado en ella.

La víspera de navidad mató un hermoso cerdo que habia engordado. Su intencion era regalar con él, y obsequiar á los vecinos.

Segun la costumbre, el animal quedó colgado de la pared. ¡Oh! hubiera hecho mejor en venderlo como pensó primero, porque se habria ahorrado muchas molestias y tormentos.

No habia vuelto á oír hablar de los hermanos ladrones desde su separacion. Estos, vinieron aquel dia á visitarle. Su muger estaba sola ocupada en hilar, y les dijo que Roberto habia salido y no regresaria hasta la noche. Entonces se fueron, pero no sin haber examinado bien antes los sitios, y sobre todo aquel en que se encontraba el cerdo.

—Ah! ah! dijeron al retirarse, el pícaro va á regalarle con un puerco entero, y no nos convida á comer nuestra parte; pues bien es menester robárselo y comerlo sin él. En consecuencia de este bello plan se ocultaron en las inmediaciones y esperaron que llegase la noche para ejecutar la sustraccion proyectada.

Cuando Roberto volvió á su casa, su muger le habló de los dos, que habian estado á visitarle.

—Tenian tan mala facha, le dijo, que me daba miedo de encontrarme sola con ellos. No me he atrevido á preguntarles quienes eran; ademas han examinado la casa con tanto cuidado que estoy cierta no se les ha escapado nada.

—¡Gran Dios! exclamó Roberto con voz lamentable, esos son, no lo dudo, mis antiguos compañeros de oficio! mi puerco está perdido, es un negocio acabado! Dios mio! Dios mio! Cuanto me alegrára de haberlo vendido!

—Guardémosle en otra parte, dijo su muger, y mañana veremos lo que se ha de hacer de él.

—Tienes razon, mi buena Juanita; vamos á esconderlo.

Y el cerdo fué retirado de su atadero bajo la artesa de que se servian para amasar su pan. Hecho esto se acostaron, pero siempre con zozobra.

Así que llegó á entrar la noche pusieron manos á la obra los dos ladrones. Mientras Pedro quedaba de vigía, Juan practicó un agujero en la pared, exactamente en el sitio donde habia visto colgado el cerdo, mas solo encontró la cuerda.

—Venimos demasiado tarde, dijo á su hermano, el pájaro voló.

Roberto á quien el temor tenia despierto, habiendo oido ruido se levantó diligente, y corrió á la artesa á ver si estaba allí el cerdo todavia. Tranquilizado sobre este punto, pero temiendo igualmente por su establo, se armó de un gran sable y salió para dar una vuelta al rededor de la casa. Viole Juan salir y se introdujo en la alcoba, apremiándose á su cama é imitando la voz de Roberto, dijo: —Juanita, ¿qué hiciste con el cerdo? ya no está colgado á la pared.

—No te acuerdas ya, respondió ella, que lo hemos oculto debajo de la artesa?

—Es verdad, lo habia olvidado. No te levantes; voy á ver si está allí todavia.

Dicho esto fué á la artesa del pan, se echó el cerdo al hombro y escapó.

Cuando volvió Roberto le dijo su muger:

—Es menester confesar que tengo un marido que tiene poca memoria, pues no se acuerda ya donde hemos puesto el cerdo.

En el momento que Roberto oyó lo que decia su muger adivinó el chasco que se le habia jugado.

—Ah! exclamó! he dicho que me lo robarian, y lo han verificado!

Pensando sin embargo, que los ladrones no podian estar lejos, salió á perseguirlos. Estos se dirigian hácia el bosque, donde



esperaban ocultarse con toda seguridad. Pedro iba delante, mientras su hermano entorpecido con su carga, le seguía á lo lejos. Roberto no tardó en alcanzarlo é imitando la voz y tono de Pedro le dijo:

—Estarás fatigado, dame el cerdo, ahora me toca á mí llevarlo.

La noche estaba muy oscura: Juan creyendo que era realmente su hermano colocó el puerco sobre los hombros de Roberto, y se dió á correr hácia el bosque; mas quedó muy admirado de hallar en él á Pedro, que le aguardaba.

—Buena gritó, la hiel ese pícaro de Roberto me ha burlado; paciencia, él verá que no es todavía tan astuto como yo.

En seguida se puso su camisa por encima de sus vestidos, se formó una especie de cofia en la cabeza, y así disfrazado, toma otro camino, entra en casa de Roberto antes que este y lo espera en la puerta de la calle. Al punto que lo ve llegar contrahace la voz de su muger y le pregunta si ha recuperado su cerdo.

—Sí, responde el pobre Roberto.

—Dámele, voy á ponerlo en lugar seguro, mientras das tú una vuelta por fuera, porque he oído ruido, y temo que los ladrones pretendan entrar á viva fuerza en nuestro cuarto.

Roberto sin mas reflexion, suelta el puerco sobre los hombros de Juan y va á hacer el reconocimiento; mas cual fué su sorpresa, cuando á su regreso halló á su muger llorando y medio muerta de miedo. Era la segunda vez que se la jugaban. No por eso se abatió y juró que no abandonaría el juego sino despues de haber ganado.

Pareciéndole que los dos hermanos no podian retirarse sino al bosque, se dirigió allá. Nuestros ladrones en efecto se habian refugiado en él precipitadamente llenos de alegría, y ansiosos de disfrutar de su robo, encendieron una gran lumbrera para asar uno ó dos pedazos del puerco. La leña estaba tan verde y ardía tan mal que se vieron precisados á alejarse y buscar hojas y ramas secas.

Roberto, guiado hácia este lugar por la claridad del fuego, se aprovechó de su ausencia para trepar sobre el árbol, á cuyo pié estaba el fuego, y luego colgándose de las ramas, como el cuerpo de un ahorcado, así que vió á sus camaradas de retorno y ocupados en reanimar el fuego, les gritó con una voz de trueno:

—Desgraciados! *mi fin será el vuestro!*

Espantados al oír estas palabras proféticas, levantaron los ojos, y viendo una aparicion que creyeron seria el espectro de su padre, huyeron á todo correr. Sin perder tiempo cogió Ro-

berto su dichoso cerdo, y volvió triunfante á contar á su muger como lo habia recobrado.

—Sin embargo, no hay que cantar todavía victoria, añadió él, los picáros no están lejos, y mientras no nos hayamos comido el cerdo, temo perderlo. Es menester guisarlo sin tardanza; enciende lumbre Juanita, prepara la caldera mientras lo hago yo trozos.

Terminados los preparativos, se pusieron los dos en observación á cada uno de los lados de la chimenea.

Mas sin embargo Roberto, que estaba muy cansado no tardó en dormirse. Su muger le aconsejó entonces que se acostase prometiéndole despertarlo sin tardanza apenas sintiera ruido. El marido tranquilizado se tendió en la cama sin desnudarse, y se quedó dormido. Juanita continuó durante algun tiempo velando la olla, mas al cabo la venció el sueño y se echó á roncar en su silla.

Mientras tanto nuestros ladrones, recobrados de su terror, volvieron al sitio donde habian querido preparar su comida, y no encontraron ni al cerdo ni al ahorcado que tanto los espantó de donde dedujeron que era un nuevo ardid de Roberto. Muy decididos á recuperar su honor, volvieron á corretear al rededor de la casa. Juan, aprovechándose del agujero que habia hecho en la pared, miró al cuarto para asegurarse de si el enemigo estaba alerta. Vió á un lado á Roberto que dormia sobre su cama, y al otro su fiel compañera cabeceando á derecha é izquierda y roncando junto á la lumbre.

—Ah! ah! dijo á su hermano nos evitarán el trabajo de prepararlo, Silencio! muy pronto tendremos nuestra parte.

Cortó al punto una vara larga en la cual hizo una especie de harpon, subió sobre el tejado y metió la vara por la chimenea sacando en ella clavado un trozo de puerco, luego otro y otro. Roberto despertó en el momento en que el último pedazo iba á desaparecer. Vió la maniobra y comprendió que con enemigos tan temibles valia mas hacer la paz que estar en guerra.

Se levantaba por tanto para rogarles *que tubiesen á bien dejarle comer su parte del cerdo*, cuando oyó un gran ruido por fuera. Se detubo y subiéndose despues en una silla, vió por el agujero que los ladrones habian hecho, un comisario de policia y dos de sus agentes que llevaban á Juan y á Pedro con las manos atadas atrás.

Este magistrado hacia mucho tiempo que les seguia los pasos, y habiéndolos cogido en fragante delito, los llevó presos. Algun tiempo despues fueron sentenciados á ser ahorcados.

Roberto se quedó un momento aterrado porque pensaba con razon que sino hubiese abandonado su primer oficio, habria ciertamente acabado como ellos.



Luego que poco á poco se recobró de su turbacion acordóse de su cerdo y temiendo que el comisario no hubiese llevado los trozos como piezas de conviccion, corrió á abrir su puerta, y estuvo para pasmarse de alegría cuando los halló unos sobre otros á la distancia de algunos pasos. El dependiente de justicia no los habia divisado no habia creido necesario llevarlos, median- te á que tenia otras pruebas para hacer condenar á los dos ban- didos.

Roberto se dió priesa á reconducirlo todo á su caldera y tanto él como su muger se regalaron comiendo de su cerdo du- rante algunos dias.

Nada mas que esto añadiré, mis jóvenes amigos, á esta muy verdadera historia: Dios no pierde de vista á todos los hombres, á los buenos para recompensarlos y á los malos para casti- garlos.

## EL PAJE VIRTUOSO.

Federico II estuvo un dia trabajando solo, y pasadas ya al- gunas horas tocó la campanilla para que entrasen los ministros: pero no acudiendo nadie salió él mismo al cuarto inmediato, donde no vió á nadie mas que á un page dormido; y queriendo acercarse para despertarle, advirtió que le salia del bolsillo un papel escrito: le coge suavemente, y vé que es una carta de la madre del page en la que dá gracias á su hijo por haber socor- rido su miseria en la triste vejez, sostenida solamente por su filial cariño, y encargándole muy estrechamente el llenar con celo sus deberes para con su amo etc. El rey vá inmediatamen- te á su cuarto, toma un cartucho de onzas de oro, vuelve y se lo deja caer al page suavemente en el bolsillo con la carta que le habia sacado: vá despues á su gabinete, y se pone á tocar de manera que esta vez el page lo oiga: se despertó en efecto asus- tado, y entra corriendo frotándose los ojos; pero advirtiendo en el camino que le habian puesto en el bolsillo alguna cosa pe- sada, se aprovecha de un instante en que S. M. volvió la es- palda, y vé el cartucho de onzas que le deja admirado y lleno de confusion: el pobre jóven imaginando que alguno le habia jugado esta pieza para hacerle sospechoso, se echa á los pies

del rey, protestando y jurando su inocencia: la fortuna viene durmiendo, le dijo Federico, quien no pudiendo reprimir la risa al ver las lágrimas, sollozos, protestas y juramentos del inocente page, le acaricia y le dice: tranquilízate, y envía ese dinero á tu madre; salúdala de mi parte, y dila que tu amocuidará de su existencia y de tí.

## FÁBULA.

### EL MUCHACHO Y LA ABEJA.

Un inocente muchacho,  
Con gran descuido dormía,  
Muy cerca de un colmenar,  
Donde una abeja maldita,  
Sin saber por qué razón,  
Se encendió en sangrienta ira.  
Picóle; pero dejó  
Tras de el aguijon las tripas,  
Como les sucede siempre  
A todas las pobrecillas.  
El muchacho la maldijo  
Por su notoria injusticia  
Y cargado de razón

«De esta suerte la decia:  
Daño me has hecho, es verdad,  
Pero te cuesta la vida,  
Pues por hacer mal á otros  
Tú te haces mal á tí misma.»  
Así á los mormuradores  
Que con lenguas atrevidas,  
Ofenden la buena fama  
Del prógimo por envidia  
Hacen que muera la suya  
A manos de su malicia.

B.